

Que Marta prefiriese su hija á ellas no podia extrañarlo nadie; pero tambien amaba al tio Juan: ¿por qué aquella frente se ponía severa y helada siempre que las hijas del buen anciano se aproximaban á ella?

Esto no podia ser un mero capricho. Las buenas lenguas de la sociedad decian que la Señora estaba celosa, y que rabiaba, segun la espresion de las tres gracias Babuin, al ver á las *pequeñas pordioseras* esceder en belleza á la heredera de Penhoel: era el medio de sospechar un sentimiento tan bajo en la elevada y digna alma de Marta.

Sin embargo, habia motivo para estar celosa; el Angel de Penhoel merecia efectivamente su nombre. Imposible seria soñar un rostro mas original y celeste. Pero en la regularidad misma de aquella fisonomía esquisita se engendraba un poco de monotonía. El conjunto de aquellas facciones revelaba una languidez perezosa que se encontraba en el paso, en las posturas, en todo.

En las hijas del tio Juan por el contrario, todo era fuerza, movimiento, vida, juventud. Sus talles esbeltos y finos tenian una elasticidad llena de vigor. Eran vírgenes robustas y atrevidas que podian sentarse de un salto en la grupa de un caballo del país y correr saltando matas y empalizadas sin otro freno que la salvaje crin de sus monturas. Eran tambien vírgenes tímidas, vivas á sonreír y prontas á ruborizarse, burlonas á veces, amantes siempre, fogosas en buscar el placer.

XIX.

LA PUNTA DEL VELO.

Elena y Diana fijaban sobre la Señora sus ojos húmedos. Su alma toda entera se reflejaba en aquella mirada.

Habia al contrario sobre el rostro de Marta de Penhoel duda y temor.

Cualquiera que hubiese asistido á aquella escena sin conocer el fondo del corazón de Marta, se hubiese preguntado seguramente por qué habia tan obstinada frialdad en aquella mujer tan generosa y tan buena para con las dos pobres niñas que parecían implorar cada dia de rodillas un poco de ternura.

y ardientes en perseguir el misterio desconocido de la vida.

Románticas y alegres á la vez, sensibles hasta el exceso é impávidas en ocasiones dadas como el hombre mas valoroso, buenas hijas, sencillas, francas, con el corazon en la mano y dignas sin embargo cuanto debian serlo, verdaderas Penhoel, sabiendo erguir sus cabezas arrogantes y poner no sé qué desden victorioso en sus encantadoras sonrisas.

¡Y si las hubiéseis visto! ¡Qué verdadera y escogida elegancia en sus sencillos trajes de aldeanas! A pesar de sus jubones cortos, de sus zapatos de lazo, á pesar de sus gorritas de percal sin cintas ni encajes que podian apenas contener la pródiga riqueza de sus cabelleras, era imposible desconfiar de ellas. Eran señoritas. ¿Dónde habian adquirido aquella gracia noble y elegante, aquel encanto indecible que se respira como un perfume, y que no se puede definir, aquellas maneras, para usar otra vez el lenguaje de las tres señoritas de Babouin?

No se sabia.

Preciso era cerrar los ojos ó confesar que eran adorables, y que ninguna jóven habia poseído nunca mas francas seducciones, atractivos mas castos, ni mas brillante y sencillo poder de seducir los corazones.

Y sin embargo, no habia en torno suyo esa multitud de adoradores que rodea á las bellas. Roger amaba á Elena, Enrique á Diana; á esto se reducía

todo. Los otros jóvenes de la comarca eran buenos muchachos que querian casarse con *algunos escudos* para vivir y envejecer cual honrados crustáceos en los gruesos zapatos de sus abuelos.

Además, Elena y Diana no poseian una pulgada de tierra: por consecuencia, no podian aspirar á los señores de Glenac, de Carentoir y de Bains, que tenian derecho á exigir algunas.

En todo lo que acabamos de decir hemos hablado de ellas colectivamente; sin embargo, existian grandes diferencias; parecíanse en cuanto al corazon, pero sus rostros y su imaginacion diferian mucho.

Diana era mayor que su hermana, mas seria y tal vez mas bella. Sus hermosos cabellos de castaño oscuro se rizaban en torno de su frente arrogante y pensativa, que adquiria una aureola de gracia irresistible á la menor sonrisa. Sus grandes ojos pardos, que la alegría hacia dulces, perdian en el vacío su velada mirada. Habia en sus facciones entre los indicios de una sencillez casi infantil, una inteligencia viva y fuerte, y sobre todo, una voluntad viril.

Elena reflexionaba menos y reia mas. Tenia esos ojos de un azul oscuro que alegran y animan la vista. Su fisonomía espresaba la alegría unida á una petulancia fogosa.

Cuando se las veia separadas advertia la vista una semejanza extraordinaria; cuando se encontraba á una despues de la otra desaparecia esta semejanza,

admirándose de buscar en vano lo que se creía haber visto antes. Es que estaban en cierto modo, como ya lo hemos dicho, separadas por un tipo común al que se acercaban por diversos lados de sus rostros. Y no se podía compararlas á aquel tipo, que no existía.

Arrodilladas como estaban en aquel momento á los lados del sillón de la Señora, hubiera buscado inútilmente la imaginación en las hermosas facciones de Marta ese lazo misterioso de que hablamos; pero Marta no se parecía á ninguna de las dos jóvenes: no era Penhoel mas que por la alianza.

Diana y Elena tenían siempre sus manos estrechadas contra su pecho: la señora guardaba silencio; sus ojos permanecían bajos y su frío continente no la abandonaba.

—Seríamos tan felices sacrificándonos por vos! . . . replicó Diana.

—¡Morir! . . . ¡sacrificaros! . . . murmuró Marta de Penhoel: ¡qué ideas tan estrañas teneis, hijas mías!

Y añadió, procurando dar á su voz un acento de broma:

—Cualquiera diría que os criáis en alguno de esos antiguos castillos en que los terribles caballeros de vuestras novelas encadenan y atormentan á sus pobres víctimas.

—Os vemos llorar con tanta frecuencia. . . . interrumpió Diana.

La Señora retiró su mano.

—Sois muy curiosas, hijas mías, dijo con sequedad, y advierto que veis muchas cosas que no debierais.

Elena se ruborizó herida; la frente de Diana palideció.

—Es preciso que nos perdoneis, dijo ésta con tono sumiso: cuando estais triste, creemos que nos pertenece vuestro sufrimiento. . . ¡Ah! ojalá fuerais feliz; respetariamos vuestra felicidad! . . .

La emoción comenzó á dejarse ver bajo la frialdad de Marta. La mirada se deslizó á pesar suyo por entre sus párpados medio cerrados, repartiendo entre las dos jóvenes una furtiva ojeada.

Diana y Elena no se atrevían á levantar sus ojos. La bella frente de Elena se turbó otra vez con ese vivo encarnado que sube del corazón.

La fisonomía de Diana no espresaba mas que respeto y dulzura.

Pero cualquiera que fuese la diferencia de sus impresiones presentes, el cariño igual y profundo que habia en el fondo de su alma se leía á través del rencor infantil de Elena como sobre la bella paciencia de Diana.

Elena no habia hablado todavía. Diana, que adivinaba en los labios de su hermana una palabra de queja pronta á salir de ellos, la detuvo con un gesto y dijo:

—Si nos engañamos, señora, lo que Dios quiera, os suplico que no os enfadeis con nosotras.

Mientras que tenían los ojos bajos, se inclinó há-

cia ellas Marta de Penhoel y las besó en la frente.

Se estremecieron: Elena no pudo detener un grito de alegría.

—Pobres niñas.... dijo Marta.... Pero, creedme, gozad en paz de los placeres de vuestra edad. A veces los años de ventura son muy cortos y escasos para nosotras las mujeres!....

¿Quién sabe si mañana comenzareis a pensar y a sufrir?....

Hasta entonces, pobres hijas mías, no intentéis adivinar una pena que no podríais aliviar.... Su día llegará para vosotras como para todos, hijas mías, añadió con mas tristeza; ¿por qué adelantarlo? ¿teneis tanta prisa por sufrir?

—Os amamos, respondió Diana.

Marta retiró aquella de sus manos que la jóven estrechaba, para llevarla lentamente á su frente, como se hace cuando la jaqueca aguda y pesada molesta la cabeza.

—Os amamos, repitió Diana, y por esa razon ha llegado para nosotras la hora de pensar y sufrir.

Sus párpados no se bajaban ya, y sus grandes ojos se fijaban húmedos en Marta de Penhoel.

Elena dejaba hablar á Diana porque le parecia que era su propio corazon el que hablaba.

Conocía que era muy aturdida para arriesgar una palabra ante aquella pobre mujer que hacia sombría y glacial el peso de su desgracia; pero interiormente envidiaba á su hermana, compensando

su silencio la celosa con tener sus lábios pegados á la mano de la Señora.

Esta no habia querido sostener la mirada de Diana, que era una pregunta muda.

—Me ereeis muy desgraciada!.... murmuró bajando á su vez los ojos.

Y como Diana tardase en responder, repitió en voz muy baja Elena:

—¡Sí, muy desgraciada!

La Señora le retiró su mano.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó, recobrando su acento frio y seco.

La pobre Elena se sonrojó y siguió guardando silencio.

—¡Me espiais!.... replicó Marta.... he creido advertirlo mas de una vez.... Os prohibo que me espieis.

Una lágrima surcó las mejillas de Elena.

Diana proseguia mirando á la Señora con sus grandes ojos tristes y dulces.

—Si me amais, prosiguió Marta, que cambió otra vez de tono, os suplico, hijas mías, que no intentéis averiguar!....

—¡Oh! señora, señora.... interrumpió Elena anegada en llanto.... quereis quitarnos hasta la posibilidad de defenderos!....

Marta se irguió mas inquieta.

—¡Y Blanca! prosiguió Elena, que no veia las señas que su hermana le estaba haciendo; nuestro pobre Angell.... ¡Ay! ¿Se tiene necesidad de es-

piar cuando todo aquí amenaza y habla de desgracia?

Marta dirigió una mirada furtiva hácia el lecho en que dormitaba tranquilamente Blanca.

—¿Sabeis pues algo? pronunció en tono tan bajo que apenas pudieron entenderlo las jóvenes; ¿sabeis algo acerca de Blanca de Penhoel?

—Sí... respondió Elena.

—No, replicó Diana con acento algo imperativo.

Elena detuvo las palabras que iban á escaparse de sus lábios. Las dos hermanas se amaban demasiado para que entre ellas no hubiese una igualdad perfecta: sin embargo, á causa de esa misma ternura, reconocia gustosa Elena la prudencia superior de Diana, no negándose nunca á dejarse guiar por ella.

Cuando Elena se dejaba arrastrar por la viveza de su naturaleza, bastaba siempre una palabra de Diana para contenerla.

La atencion de la Señora estaba sin embargo excitada vivamente. Esperaba con los ojos fijos en Elena. Como ésta guardase silencio, volvió Marta hácia Diana su mirada, en que habia desconfianza mezclada de reprension.

—Vuestra hermana iba á confesarme la verdad... dijo... sois muy esperta en buenas protestas, Diana... pero es preciso no creeros siempre...

Elena, que proseguia de rodillas, se levantó colorea la frente. Arqueáronse sus hermosas cejas

—¡Oh!... dijo conteniendo su voz; si otra que vos acusara á mi hermana de mentira...

Marta de Penhoel se sonrió ligeramente al ver el entusiasmo de aquel ardiente afecto.

—¡He hecho mal! murmuró... y teneis razon en acusarme, hijas mias.

Tendió sus manos á las dos hermanas. Elena se habia vuelto á poner de rodillas.

La delicada inteligencia de Diana le decia que era preciso, sin embargo, una explicacion á aquel sí y á aquel no salidos al mismo tiempo de sus lábios y de los de su hermana.

—¡Qué hermoso es el rostro de nuestro Ángel en su sueño! dijo, dirigiendo á su prima una mirada amiga y tiernamente protectora. Nosotros no tenemos derecho á decir que la amamos tanto como vos, puesto que sois su madre... pero Elena, que calla ahora tímida, sabe hablar mejor que yo cuando estamos las dos solas... ¡Cuántas veces ha deseado que Dios dividiese en dos partes nuestro porvenir, y que para nuestra querida Blanca pudiese guardar todas las felicidades y todos los placeres... Hace poco nos preguntábais si sabiamos algo acerca de ella... mi hermana ha respondido que sí... Es que nuestros oidos escuchan desde muy lejos cuando se habla de Blanca de Penhoel... ¡Ah! creednos, señora; esto no es vana curiosidad: cuando se habla del Ángel ó de su madre, es nuestro corazon el que escucha... Nosotras no sabemos otra cosa mas que lo que se dice entre las bue-

nas gentes del país y aun en el mismo salón de Penhoel.

—¿Y qué se dice? preguntó Marta.

—Se dice que el Angel es una niña hermosa, dulce y tan buena como el nombre que se le ha puesto; pero se habla de una desgracia misteriosa que pesa sobre la cabeza de Penhoel..... En los salones se murmura, en las granjas se entristecen, porque las buenas gentes recuerdan todos los beneficios hechos al país por las manos de Penhoel desde nuestros mas remotos antepasados, que poseian toda la comarca, hasta nuestro tío Luis, á quien Dios proteja en su desierto!

—El porvenir no pertenece á nadie, murmuró Marta; ¿pero en la actualidad no se dice que la hija de René de Penhoel es rica y feliz?

Diana movió la cabeza lentamente, guardando silencio.

—¡Responded! replicó la Señora.... Os lo suplico.... ¡lo quiero!

—Son vagos rumores, replicó al fin Diana: se dice que el porvenir oscurece ya el presente.... se dice en efecto que Blanca es hoy rica y feliz..... al menos se sabe con seguridad que lo era ayer.... y todos se preguntaban si lo será mañana.

Marta estaba pálida.

Su voz temblaba cuando preguntó de nuevo:

—¿Y en qué se fundan esos rumores, hija mia?

—En los salones nadie lo dice, contestó Diana:

en las granjas se repite que el día en que los extraños penetraron en el castillo fué un día de maldición y desgracia.

—¿Lo que pasa aquí se ha hecho ya la fábula del país? murmuró Marta, mientras que la vergüenza coloreaba fugitivamente sus mejillas.

—Somos vuestras sobrinas, respondió la jóven, y todos nos hablan con respeto únicamente por vos.. Se limitan á decirnos que ese hombre y esa mujer son la causa de todo el mal. Ella es la que arrastra á nuestro tío á su ruina, él quien ha traído al castillo al enemigo mortal de nuestros padres.... Pontalés, cuyo hijo hablaba cual si fuera poseedor de los bienes de Penhoel!

Diana se detuvo.

Marta parecia dudar y hacer sobre sí un esfuerzo penoso.

—¿Y el nombre de ese hombre? dijo bajando los ojos. ¿No sabéis si ha pronunciado alguna vez á la par el mio?

—En el salón tal vez.... ¿entre los antiguos vasallos de Penhoel? ¿quién se atrevería á adunar el nombre de un hombre detestado como el demonio al de la mujer que todos veneran al igual de una santa?

Otra pregunta queria salir de los labios de la Señora. Diana lo adivinó, respondiendo en voz baja:

—Acerca de esto nunca he oído nada.... pero Elena....

Marta se volvió vivamente hácia esta última.

—¡Son calumniadores! exclamó la jóven, calumniadores é infames. No he podido comprender bien sus palabras, pero he aquí todo lo que dicen.... El señor de Penhoel no puede negar nada á Mr. Roberto, y Mr. Roberto quiere que el Angel sea su mujer.... Hasta aquí he podido comprender; pero añadan.... la Señora se encuentra en el mismo caso que su esposo y no puede decir que no. Sin embargo, como es orgullosa y las mujeres desafían todo algunas veces cuando se trata de sus hijos, se ha compuesto Mr. Roberto de modo que Marta de Penhoel no pueda hacer otra cosa que poner entre las manos de Mr. de Blois la de Mlle. Blanca.

—El es, murmuró Marta sin saber lo que hablaba.

Sus ojos estaban fijos, y sus frias manos temblaban entre las de las dos jóvenes.

Levantóse bruscamente, acercándose al lecho de Blanca.

Por un momento contempló el rostro tranquilo y puro de la niña, que parecía sonreír.

—Venid, dijo con voz breve y sorda.

Elena y Diana se levantaron obedientes.

—¡De rodillas! replicó Marta.

Las dos hermanas se arrodillaron.

Marta añadió:

—¡Orad!....

Luego dijo con exaltacion:

—Orad desde el fondo del corazon y de una manera que no háyais rezado nunca! Decís que me amais.... ¡que querríais dar por mí vuestra sangre y vuestra felicidad!... Pues bien; pedid á Dios que tome vuestra vida y vuestra felicidad con tal que mi hija sea feliz.

Diana y Elena unieron sus manos, repitiendo desde el fondo del corazon la plegaria que les había dictado Marta.

Esta apoyaba su frente, bañada de sudor, en la colcha del lecho, murmurando en medio de sus desgarrados sollozos:

—¡Todo por ella! ¡Dios mio! ¡Todo por ella!... ¡Tened piedad de mi hija!

Cuando se levantó estaban sus ojos secos y un vivo carmin coloreaba su rostro.

Diana y Elena la examinaban con inquietud á hurtadillas.

Parecíales ver en sus ojos una especie de enajenacion mental.

La Señora seguía contemplando á Blanca, pero friamente y como si no supiera lo que se hacia.

—Vuestra vida!... dijo al fin con voz conmovida, vuestra sangre y vuestra felicidad!... ¡Todo por ella!... Todo.... ¿Y por qué?

—¡Porque es vuestra hija! murmuró Elena.

—¡Mi hija!... repitió Marta, que parecia no comprender.

—Porque es amada, añadió Diana con tristeza, y porque nosotros no lo somos,

Marta le dirigió una mirada tan estraña y brillante, que las dos jóvenes se estremecieron hasta el fondo del alma.

—¡No sois amadas!.. pronunció Marta con acento de queja y dulce á la par: es verdad; pobres niñas.... ¡no sois amadas!

Una sonrisa indefinible acudió á sus rojos lábios; las atraj de pronto hácia sí con ternura; luego con un gesto de vehemente pasión estrechó á las dos contra su pecho.

—¡Oh!.... ¡oh!.... dijo cubriendo de besos sus frentes unidas.

Luego añadió á pesar suyo:

—¡No sois amadas! exclamó con locura, ¡no sois amadas! ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgraciada me habeis hecho!....

Diana y Elena permanecieron mudas de admiración. Abrian sus grandes ojos para mirar á Marta, cuyas mejillas se cubrian de un carmin ardiente y cuyos ojos despedian fuego.

En su sorpresa habia terror como tambien vagas esperanzas.

Sentian palpar con violencia el corazón de la señora, cuyos brazos temblaban.

—¡Escuchadme!.... replicó Marta.... ha llegado el momento. Es preciso decirlo todo.... ¿Se sabe cuál de las tres niñas de Penhoel es la mas querida?

¡Escuchad!.... ¡escuchad!.... los ojos de la pobre mujer han derramado lágrimas, y sangre su cora-

zon. ¿Cuando dormís habeis visto alguna vez á vuestra madre en sueños?

Diana procuraba comprender.

Elena escuchaba como si oyera una fantasía....

Antes que hubiesen podido responder replicó Marta con voz sorda y perdiéndose cada vez mas sus miradas en el vacío:

—¡Pobre mujer!.. ¡pobre mujer!.. escuchad....

Se interrumpió: su boca permaneció entreabierta. Las dos jóvenes, que esperaban, la sintieron vacilar. Su rostro se cubrió de pronto de una palidez lívida.

Las jóvenes no tuvieron mas tiempo que el preciso para sostenerla.

Se dejó caer débil y privada de sentimiento entre sus brazos.

Diana y Elena la colocaron en un sillón. No habia perdido la respiración, pero hubiera podido decirse que estaba muerta; hasta tal extremo estaba su cuerpo inmóvil y helado.

Durante algunos minutos le prestaron toda clase de socorros las dos hijas del tío Juan. Al cabo de este tiempo exhaló el pecho de la señora un prolongado suspiro y se fijaron sus ojos en Diana y Elena, que interrogaron con espanto su rostro.

—Estais aquí.... dijo; ¿por qué no habeis ido á bailar?

Su voz era tranquila y fria.

Las dos jóvenes no sabian qué responder.

—¿Se ha concluido ya el baile? preguntó.

Entre la frialdad presente y la fiebre que antes habia sufrido, habia un contraste extraño. Evidentemente no recordaba nada.

Diana hizo un esfuerzo; tomó la mano de Marta y la besó respetuosamente.

—Hace mucho tiempo que estamos aquí.... murmuró.... hablábamos de vos y del peligro que amenaza á vuestra hija.

Marta sonrió con incredulidad.

—¿Hablábamos de eso?.... repitió.... ¿un peligro á Blanca?... ¿Quién será tan cruel que haga daño á una pobre niña?

Volvióse hácia el lecho del Angel, cuyo tranquilo sueño no habia sido interrumpido.

—¡Peligros!.... repitió tocando con el dedo la mejilla de Diana con una sonrisa protectora y distraída.... Las jóvenes se forman siempre ideas inverosímiles.... Id á reír y bailar, hijas mías.... Solo en vuestras cabezas hay peligros y misterios!....

Ya está curada nuestra Blanca.... Id á decir á los músicos que toquen las danzas mas alegres.... Puesto que Penhoel da el baile, es preciso que se diviertan sus huéspedes.



XX.

BAJO LA TORRE DEL PRIMOGENITO.

Elena y Diana acababan de abandonar la habitación del Angel. Marchaban juntas sin hablar, á lo largo de los corredores del castillo. El menor soplo del viento agitaba el follaje y las iluminaciones del jardin permanecian intactas.

Desde las ventanas de la galería se podia ver prolongadas líneas de luces que señalaban las calles de árboles y el círculo mas brillante del salon de césped.

Oíase en esta última direccion como un ruido de gorgoritos desafinados dominado por gritos desgaradores é insensatos.